

ESCULPIR LA NIEBLA. OCHO CARTAS INÉDITAS DE ÁNGELES VICENTE A UNAMUNO

Sara Toro Ballesteros
UNIVERSIDAD DE GRANADA

RESUMEN: El presente artículo ofrece una edición de las cartas que Ángeles Vicente escribió a Unamuno entre 1907 y 1914. Las epístolas, además de arrojar luz sobre la biografía de esta desconocida, aunque sugestiva escritora, dan cuenta de la recepción que obtuvo el ensayo *Vida de Don Quijote y Sancho* entre el grupo de jóvenes intelectuales afines al modernismo religioso agrupados en torno a la revista milanesa *Il Rinnovamento*. Asimismo, se puede constatar el interés que en los dos escritores suscitó el poeta portugués Alexandre Herculano, así como las polémicas opiniones de Salvador Rueda en la encuesta sobre el verso libre que proponía *Poesía*, la revista fundada por Marinetti.

ABSTRACT: The present article offers an edition of the letters which Ángeles Vicente wrote to Unamuno from 1907 to 1914. These epistles, apart from shedding light on this unknown (although interesting) female writer's biography, illustrate the reception which the essay called *Vida de Don Quijote y Sancho* had among young intellectuals. They, who had a lot in common with the religious modernism, grouped together because of Milan Magazine *Il Rinnovamento*. It is also worth highlighting the interest of these two writers (Ángeles Vicente and Unamuno) in the Portuguese poet Alexandre Herculano and the controversial opinions claimed by Salvador Rueda on the survey of free verse suggested by *Poesía*, the magazine founded by Marinetti.

La inquieta y polígrafa pluma de Miguel de Unamuno mantiene aún en activo a críticos y estudiosos de todo el mundo que continúan rescatando fragmentos inéditos de su pensamiento. El número de lenguas que el autor dominaba, unido a “su ilimitada curiosidad por todo lo humano y lo divino; su peculiar tendencia antidogmática y heterodoxa, hizo que todo traspasase su sensibilidad y se tradujera en una obra compleja y universal” (García Morejón, 1971: 24). Esta universalidad se aprecia en las abundantes relaciones epistolares que el rector de Salamanca sostuvo con intelectuales europeos e iberoamericanos del momento [1]. No es de extrañar, pues, que se carteara con la también muy cosmopolita Ángeles Vicente.

La biografía de Vicente, a diferencia de la que Colette y Jean-Claude Rabaté compusieron sobre Unamuno, presenta bastantes lagunas; debidas en parte a sus continuos cambios de residencia, así como al olvido de la crítica, que la desterró del canon de escritores de su tiempo hasta que en 2004 Ángela Ena Bordonada la rescatase en el Congreso Internacional “Bohemios, raros y olvidados” celebrado en Lucena (Córdoba).

Las primeras pistas sobre su vida las hallamos en el tomo LXVIII de la edición de 1929 de la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*. La entrada correspondiente nos informa de que Ángeles Vicente García, nacida en Murcia en 1878, pasó desde los diez hasta los veintiocho años en América, continente en el que inició sus colaboraciones en prensa (544) y al que volvería

con el estado civil de viuda el 28 de octubre de 1916. Asimismo, ofrece una lista de sus cuatro obras conocidas hasta hoy: dos libros de cuentos, *Los buitres* (1908) y *Sombras: cuentos psíquicos* [2] (1910), y dos novelas, *Teresilla* (1907) y *Zezé* (1909). Sin embargo, su literatura, los testimonios en diarios y revistas y las cartas que aquí se editan serán el hilo de Ariadna que nos permitirá hilvanar su trayectoria bio-bibliográfica.

El cabo lo apresamos en *Teresilla*, debut narrativo que dedica a su esposo, el jefe de policía entrerriano Cándido Elormendi. Además de una fotografía de su rostro, encontramos aquí un jugoso prólogo de Felipe Trigo, miembro, junto a Emilio Fernández Vaamonde y Rafael López de Haro [3], de lo que en la sexta carta denomina como “el *hampa* literaria” madrileña. Dicho prólogo comienza de la siguiente manera:

Ángeles Vicente de Elormendi es una joven y bella artista que nos envía la América del Sur. Tal vez nació en mediterráneas costas; pero vuelve del mundo en cosmopolita. [...] Bella, joven... y artista del esquivo y orgulloso arte de escribir. [...] Rara virtud, esta de este arte, en una bella mujer de pelo de oro y de ojos verdes [...] Descansó últimamente dos años en Milán, y desde Milán vino a Málaga, a Madrid...; y habla en malagueño, en madrileño, en parisién y en milanés... aunque no quiera. Habla en todo, tanto que ha podido entenderse en Unamuno, desde Italia, con el Sr. de Unamuno; en poeta, con Vaamonde, y ahora conmigo en humildísimo cristiano de novelista terrenal. (Vicente, 1907: 7 y 16).

La alusión de Trigo a las “mediterráneas costas”, sumada a la ausencia de una partida de nacimiento en la ciudad Murcia y a las direcciones que figuran en la cuarta y quinta carta, induce a pensar que la escritora quizá fuera natural de Cartagena [4]. Sin embargo, en la primera epístola enviada desde Milán afirma: “Yo soy española (de Murcia) [5]; habito en Buenos Aires, accidentalmente aquí por motivo artístico, estoy relacionada con el mundo de la *camorra*, digo, del arte”.

1. Milán. De la chifladura del verso libre a *Il Rinascimento*

El cuadrilátero de vínculos Murcia-Buenos Aires-Milán-Madrid se delinea en la capital argentina a raíz del libro del dramaturgo e historiador del arte José León Pagano (1875-1965), cuyo nombre parece haber olvidado la autora, pero que podemos objetivar en la obra prologada por Emilia Pardo Bazán: *Al través de la España literaria*. El segundo volumen recoge poemas y opiniones de los dos autores que Pagano, según nos explica Vicente, presenta al director de la revista *Poesía* como los mejores poetas en lengua castellana: Eduardo Marquina (1879- 1946) y Salvador Rueda (1857-1933). El primero pinta un panorama desolador para la poesía:

Jamás un poeta ejercerá en España la influencia mágica sobre el alma popular que ejerce un torero. [...] La ignorancia, que en las clases inferiores se traduce por el analfabetismo, la falta de letras, en las clases ya letradas, produce el *prejuicismo*, la falta de sentido crítico. [...] Esa falta de sentido crítico general que se origina de la ignorancia letrada se agrava por la carencia absoluta de críticos-artistas entre nosotros (1904: 224-225).

Mientras que el segundo, al que Pagano no se esfuerza en elogiar [6], responde a la encuesta internacional sobre el verso libre que Marinetti lanza en el número de mayo de 1906 de *Poesía*:

España no admite la prosodia francesa del extravagante Mallarmé, *porque España tiene ya su prosodia moderna propia*; los demás son cosas de *clowns* de circo, volátiles,

titeres, propios de gente sin sustancia ni dignidad humana. En España, hacen *versos ridículos a lo Mallarmé*, sencillamente porque no pueden hacerlos tan altamente magistrales como los maestros, que han llegado a una perfección suprema.

Los poetas que no se ajustan para escribir versos a lo que impone rotundamente Dios y a lo que impone la sublime Madre Naturaleza no son, literariamente, hijos de la *Gran Madre*, sino solamente hijos de la Gran puta [7].

Tras estas contundentes afirmaciones entendemos la indignación que Ángeles Vicente le confiesa a Unamuno: “una cosa es que la poesía esté en decadencia y otra cosa es que no haya en España más que cretinos, frailes y toreros. [...] Una cosa es que el verso libre no le guste o no sirva y otra cosa es que sean hijos de... quien los escribe”. Así pues, solicita al rector de Salamanca: biografía, retrato y un poema inédito para presentarlo como inteligencia española ante la “camorra” milanesa.

Esta carta que la murciana envía el 20 de noviembre de 1906 supone un hallazgo revelador ya que, a pesar de que Vicente González Martín en *La cultura italiana en Miguel de Unamuno* situó el comienzo de contactos entre Unamuno y Marinetti en 1905, no encuentra ningún dato que atestigüe el conocimiento de la revista *Poesía* por parte del bilbaíno hasta el 12 de julio de 1908; fecha en que éste escribe a Gilberto Beccari (217-218). Además, la “chifladura” de Marinetti a la que alude la escritora, confirma la antipatía del autor de *Paz en la guerra* por las innovaciones del futurismo que ya apuntaba González Martín, pero que “fue mucho menor que la que sintió por D’Annunzio u otros modernistas” (1978: 215). No hay más que leer el párrafo que cierra la segunda carta de Vicente a Unamuno para darse cuenta de que la aversión por D’Annunzio era compartida: “Por aquí anda haciendo Gabriel D’Annunzio las de Rueda; con la diferencia que Rueda será una buena persona [8], y lo hará por ignorancia, y D’Annunzio lo hace de canalla y sinvergüenza, pues a estar de lo que se cuenta de él no merece ni el título de hombre.”

Esta segunda carta no indica dirección postal alguna, mientras que en la primera leemos “Casella Postalle 875”, dato que lleva a pensar que no contaba con un domicilio estable en Milán y que optaba por el casillero que la oficina de correos habilitaba a los viajeros para que su correspondencia no se extraviara entre hoteles y pensiones. Sin embargo, la desgarradora confidencia de la carta sexta y que, hasta ahora, sólo conocía Emilio Fernández Vaamonde (1867-1913), revela que la autora poseía algunos enseres domésticos, entre ellos un piano con el que sus hijas adoptivas estudiaban música. Esta no es la primera referencia a la música que conocemos, pues en el citado prólogo de Trigo leemos: “Ángeles Vicente primero cogió unos libros y corrió por las selvas de la fantasía de los demás. Luego cogió un caballo y galopó por las pampas y los bosques. Después oyó a Puccini y se hizo tocadora de laúd” (Vicente, 1907: 15). Asimismo, Zezé, protagonista de la novela homónima, afirma pasar sus tardes entre libros o bien tocando al piano sus piezas favoritas: “La cabalgata de la Walkyria, un rapsodia de Listz, un nocturno y una polonesa de Chopin” (Vicente, 2005: 51).

Otro poeta en la órbita del futurismo que nombra Ángeles Vicente es Enrico Cavacchioli (1885-1954), al que enseguida presta el ejemplar de *Vida de D. Quijote y Sancho* que Unamuno le ha remitido. La biblioteca personal de éste almacena una copia de *Le ranocchie turchine. Col manifesto del futurismo di F. T. Marinetti* (ed. di Poesia, Milano, 1909) con una dedicatoria manuscrita del autor que se ocuparía del ensayo unamuniano en un diario milanés. Como el propio Unamuno declara a Beccari en una carta fechada el 22 de noviembre de 1910:

Si le he de decir la verdad, de cuantos artículos se escribieron al aparecer mi *Vida de Don Quijote*, artículos de diarios o revistas que no merecen ser llamados estudios, los mejores son los que aparecieron ahí, en Italia. [...] Aparte de un artículo de Enrico

Cavacchioli [9], publicado en no me acuerdo qué diario de Milán, aparecieron uno de Papini en el número de octubre-diciembre 1906 serie III año IV p. 365 del *Leonardo*; otro de Ugo della Seta (¿es pseudónimo?) en la p. 177 del núm. 3 anno VI 1907 de la *Nuova Antologia*. Es decir, que ahí, en Italia, se ha prestado a mi obra más atención que no aquí, en España (González Martín, 1978: 307-308).

Ángeles Vicente tampoco quiso dejar pasar la ocasión de reseñar el ensayo, pero desconocemos si finalmente se llegaron a publicar sus trabajos en *El tiempo* y *El siglo*, publicaciones a las que alude en la cuarta misiva. Sí conocemos, en cambio, su intención de sugerir la lectura de *Vida de D. Quijote y Sancho* al doctor Ferrari, amigo del director de *Il Rinascimento*. Esta revista se publicó en Milán entre 1907 y 1909 al amparo de un grupo de intelectuales católicos, en su mayoría representantes de la aristocracia de la ciudad, que eran habituales de Sant’Alessandro; parroquia que hasta 1907 estuvo al cuidado de Piero Gazzola, padre espiritual de los integrantes de este círculo que se reunía periódicamente “per meditare non solamente le problematiche relative al conflitto tra Chiesa cattolica e modernità, ma anche i temi di carattere filosofico e religioso intorno all’essenza stessa della spiritualità cristiana, e non solo cristiana” (Viridia, 2002: 2).

Fueron directores de *Il Rinascimento* Antonio Aiace Alfieri (1880-1962), Alessandro Casati (1881-1955) y Tommaso Gallarati Scotti (1878-1966). Este último al que, por las fechas de la segunda carta, parece aludir Ángeles Vicente, dimitió en diciembre de 1907 para evitar ser excomulgado, según la decisión, que, a través del cardenal Ferrari [10], tomó el Santo Oficio el día 23 de ese mismo mes. Esta ley, según indica Elio Viridia en *Aspetti del dibattito filosofico nella rivista Il Rinascimento 1907-1909*, también afectaría a los colaboradores que siguieran publicando en la revista, razón por la que funcionó dos años más gracias a que sus plumas se enmascararon bajo seudónimos (1). Una de las firmas pertenece al joven Giovanni Boine (1887-1917), quien a sus diecinueve años decide escribir al rector de Salamanca tras la lectura del artículo de Papini al que aludía en la carta a Beccari de noviembre de 1910. Este artículo, en el que se otorgaba al rector de Salamanca el calificativo de “católico”, provocó la exaltada respuesta (“¡No, amigo Papini, no! No soy católico. Si fuera católico como lo son en España ni daría importancia a la religión ni me cuidaría del misticismo”) que vería la luz en su artículo “Sobre el quijotismo”, publicado en *Il Leonardo* en febrero de 1907 (Unamuno, 1907, pp. 38-45 *apud*, Unamuno, 2011: 22).

La primera carta conocida de Giovanni Boine a Unamuno, fechada el 23 de diciembre de 1906 [11], además de por deseo personal, viene impulsada por la petición de Alessandro Casati, uno de los fundadores de *Il Rinascimento* que buscaba la colaboración de una firma de reconocido prestigio para su revista. Boine, lector entusiasta de San Juan de la Cruz y Ramón Llull, tenderá un puente de relaciones epistolares que culminará en un par de reseñas a los ensayos de Unamuno, así como en la traducción “Della disperazione religiosa moderna” [12]. Las principales ideas de este ensayo se resumen en la respuesta que ofrece a la sexta pregunta del *Questionnaire* que lanzó la revista *Coenobium* [13]:

Desgraciadamente, no creo conciliables *mi* creencia y *mi* ciencia, pero me quedo con las dos, y vivo espiritualmente de su lucha recíproca. Afirmando con la cabeza lo que niego con el corazón y afirmando con el corazón lo que niego con la cabeza. Y esta contradicción es el manantial de una desesperación de la cual yo saco —aunque parezca una paradoja— mi esperanza (Unamuno, 2011: 87).

Del mismo modo que en Unamuno, las cuestiones relacionadas con el espíritu también van a ser una de las constantes que atraviesan la producción literaria y periodística de Ángeles Vicente, pues casi toda su obra bascula entre el espíritu y la carne [14]. Ambos mundos se mantendrán en un

perfecto equilibrio que ha dado lugar a textos realmente singulares. A modo de ejemplo citaremos un cuento de *Los buitres*: “Una extraña aventura”. Octavio, el protagonista, tras descargar un llanto de amor por el amor en sí mismo, se queda absorto y empieza a visionar un desfile de figuras blancas que correspondía a “todas las mujeres que le habían amado y él había amado” (Vicente, 1908: 54). Después de esta procesión, que trae a la memoria *The Golden Stairs*, de Burne-Jones, Octavio se topa con una desconocida que, al confundirlo con su amante, lo guía hasta su casa. Al despertar, tras la noche de pasión, la mujer le recrimina que se haya aprovechado de ella, pues la locura y el extravío la atormentaban. Octavio salió de la casa «dudando aún si lo que le ocurría era realidad o solo una angustiada pesadilla» (Vicente, 1908: 63).

A pesar de esta convivencia entre aventuras paranormales y eróticas, en sus últimas producciones hay una prevalencia del espíritu sobre la materia [15]; de hecho no son pocos los testimonios que vinculan a la autora con el espiritismo. “Leyó a Kardec e invocó por sí misma a los espíritus. Y se indignó, y escribió, y pronunció discursos, y fundó academias de *vivificación* para muñecas...”, comenta Trigo en el prólogo a *Teresilla* (Vicente, 1907: 15). Curiosamente, en el número 143 de la publicación argentina *Caras y caretas*, correspondiente al 29 de junio de 1901, figura el artículo anónimo “Instalación de una logia masónica”, con una foto de J. Gilabert en la que la autora luce una banda con símbolos masones. El pie de foto señala a Ángeles V. de Elormendi como iniciadora de las logias de mujeres y el contenido del artículo apunta que fue ella quien pronunció el discurso oficial para conmemorar la instalación de la logia “Unión Justo, número 206”, ocasión que aprovechó para tocar al piano “Sognai”, de Nicolás M. Calece. Su relación con el espiritismo es controvertida pues, a pesar de resaltar los aspectos positivos de los fantasmas en el relato “Algunos fenómenos psíquicos de mi vida”, admite que «todas las sesiones espiritistas son iguales: una reunión de locos, que no saben lo que pescan» (Vicente, 2007: 74). Esta contradicción reaparece en más ocasiones. Así, en el cuento *La derrota de Don Juan* leemos el siguiente diálogo entre los protagonistas:

SANTORI.- ¿Entonces usted cree que en el hombre no hay más que instinto? Vea que eso está en contradicción con sus ideas casi espiritistas...

RAQUEL.- No, no hay tal contradicción. Ante todo, le diré que yo no soy espiritista... ni dejo de serlo. (Vicente, 1908: 134).

Volviendo a la cuestión de las relaciones España-Italia, no sabemos hasta qué punto medió Ángeles Vicente para que los textos de Unamuno se publicasen en *Il Rinnovamento* ni si consiguió “disipar la niebla” entre Boine y Unamuno [16], pero sí constatamos que intentó derribar los muros entre el doctor Ferrari y Enrique Gómez Carrillo, pues cree muy “útil esas relaciones epistolares entre personas de talento”. Sin embargo, por las notas que elabora Bernardo G. de Candamo para los *Ensayos* de Unamuno sabemos que Gómez Carrillo era “el anti-Unamuno. Y, a pesar de todo, [...] fueron muchas las ocasiones en que [...] le hizo objeto de un despilfarrador derroche de elogios, que Unamuno [...] no agradecía. Imposible la transigencia con el señoritismo de cabaret, por muy ornamentado de literatura que se presentase” (Unamuno, 1958: 24). No obstante, el escritor vasco asevera que “un libro que me sugiere reflexiones, así sean contrarias a las del autor de él, es un libro bueno, y cuantas más reflexiones me sugiera es el libro mejor. Y Carrillo, con su *Grecia*, me ha hecho viajar [...] por mis propios reinos interiores” (Unamuno, 2008: 383).

II. Portugal. Alejandro Herculano a la moda

Si yo supiera y pudiera ir ahora a los Balcanes, pongo por caso, y deciros cómo anda lo de Serbia y transmitiros una interviú –qué cosas más odiosas son las tales interviús– con un Fulanovich cualquiera de aquellos... Pero no; cuando salgo, o me voy a mi tierra o a

este hermoso y triste Portugal –hermosamente triste y tristemente hermoso– que a casi ninguno de vosotros le interesará. Porque Portugal no está en moda (Unamuno, 1958: 579).

Esta desazón, fomentada por el desinterés de España hacia los acontecimientos más allá de la raya, une de nuevo a los dos escritores, que lamentan el desconocimiento del poeta e historiador portugués Alejandro Herculano (1810-1877). En la carta enviada desde Cartagena con fecha del 4 de mayo de 1910, Ángeles Vicente da noticia de la llegada de una epístola de Orlando Marçal en la que le solicita una reseña para la revista *Voluntad* sobre las fiestas celebradas en homenaje a Herculano. Vicente afirma haber escrito con presteza este trabajo, que en la sexta carta califica de “insignificante”, así como un artículo que se publicó en el diario *La Tierra* y que le adjunta. Desafortunadamente, no se ha conservado este testimonio y tampoco hay rastro del artículo en los números de la revista almacenados en las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y del Archivo Municipal de Cartagena, como tampoco ha sido posible encontrar el número de la *Voluntad* en el que escribe la reseña. Sin embargo, el contenido de la quinta carta desvela que la autora, instigada de alguna manera por alguna información volcada en la prensa, se refirió en sus textos a una conferencia de Unamuno que éste nunca llegó a pronunciar.

A la celebración de conferencias, veladas y fiestas en torno al centenario de Herculano remite una breve nota aparecida en el diario *El País* el 11 de febrero de 1910. La noticia también informa del éxito de convocatoria [17] de Manuel Lorenzo D’Ayot (fl. 1891-1911), comisario por España quien reunió en el libro *In Memoriam* una serie de trabajos literarios enviados por eminentes personalidades. Unos meses más tarde, en concreto el 21 de septiembre, leemos en este mismo periódico una noticia titulada “Portugal y España” en la que se da cuenta de un interesante trasvase de intelectualidad ibérica de la mano de Orlando Marçal y José Luis D’Almeida, artífices de una sección en el *Progrezo [sic] do Figueira* destinada a homenajear a literatos españoles, entre ellos Unamuno. Esta información se amplía cuatro días más tarde en la sección “De todas partes”, ubicada en la revista de espectáculos madrileña *Eco artístico*. “Leomam”, que es el firmante de la nota, añade una felicitación a Federico Gil Asensio por su reciente elección como representante de España en el Comité Literario Peninsular capitaneado desde Portugal por D’Almeida y Marçal.

Orlando Marçal escritor, abogado [19] y esforzado político republicano colaborará con el cuento “Idilio triste” en el reportaje más extenso hallado en la prensa española sobre el centenario de Herculano [20]. Este cuento, que será traducido al español por D’Ayot, autor de *La Iberiada*, cierra las nueve páginas que *La Nación Militar* dedica el 2 de abril de 1910 a la conmemoración del nacimiento del autor de *La Historia de Portugal*. En estas páginas constan las colaboraciones de: Fernando G. Ruiz, quien, además de participar en el recopilatorio *In memoriam*, rindió homenaje a Herculano en la publicación que dirigía (*Literatura Provinciana*) y con las palabras del masón y director de la revista *Vida Moderna* Felipe de la Rica. De cualquier forma, llama bastante la atención que el medio español que más espacio dedique a este acontecimiento sea un diario auspiciado por la Sociedad de Tiro Nacional de España y no una publicación más específicamente literaria; empero, hay que recordar que Alejandro Herculano participó junto a Almeida Garrett en el denominado “Desembarque del Mindelo”, que tuvo lugar en junio de 1832 durante la Guerra Civil Portuguesa que enfrentó entre 1828 y 1834 a liberales constitucionalistas y absolutistas.

La época en la que Herculano y Garrett desarrollaron su labor artística es para Unamuno el periodo áureo de la literatura portuguesa. Unamuno será, sin lugar a dudas, el más fervoroso embajador de la literatura de Herculano, cuyos versos desfilarán a menudo por su compendio lusófilo: *Por tierras de Portugal y España*. Precisamente, nos toparemos con fragmentos del poema “Tristezas do desterro” en el ensayo “Las ánimas del purgatorio” (Unamuno, 2004: 213) y, según García

Morejón, la sentencia del portugués “Isto dá vontade de morrer” golpeaba continuamente las sienes del autor de *Niebla* (1971: 179).

La maraña de relaciones europeas vuelve a rodar el 25 de noviembre de 1920 en el diario madrileño *La época*, donde conviven en columnas paralelas una noticia de la muerte del cardenal Ferrari y otra sobre el gabinete luso en el Parlamento. En la segunda se explicita que Orlando Marçal habló en favor del Gobierno del coronel Pereira Bastos. Ahora el hilo conductor de esta introducción volverá allí donde lo tomamos al inicio: a la región de Murcia.

III. España: De Cartagena a la Corte madrileña.

En la quinta carta, que Ángeles Vicente escribe desde su domicilio cartagenero de la calle Sagasta, promete saludar de parte de Unamuno a los señores Vaso y Martí Alpera, dos personalidades muy diferentes entre sí. Félix Martí Alpera (1875-1946) fue un reputado maestro y director de escuelas públicas, imbuido de las ideas de la Institución Libre de Enseñanza y afin a las corrientes pedagógicas de la Escuela Nueva, que sería depurado durante el franquismo. Su formación se vio enriquecida por las experiencias recabadas en sus viajes pedagógicos por Suiza, Francia, Holanda, Dinamarca y Noruega [21] que, tras su vuelta a España, aplicaría tanto a sus escritos teóricos sobre educación como a sus pupilos de Cartagena y Barcelona.

La situación educativa española también preocuparía a Ángeles Vicente, cuyos textos muestran sin veladuras la “frívola educación que reciben las señoritas en España” (Vicente, 2007: 9). Así, en *Zezé* pone en tela de juicio la baja formación de Doña Angustias, “la profesora más aristocrática del pueblo”, que:

Casi no sabía ni leer ni escribir, pero ¿qué falta hacía?; en cambio, era muy primorosa. Sus alumnas aprendían a bordar; a hacer flores y, especialmente, unas muy cucas canastitas de pepitas de melón. Con esto, y sabiendo el catecismo, estaba admirablemente terminada la educación de las señoritas del pueblo. (Vicente, 2005: 94).

La protagonista de la novela, a pesar de contar con una elevada instrucción, se ve obligada a “resolver el problema de la vida” trabajando en uno de los pocos oficios que la sociedad ofrece a la mujer y que hipócritamente denuesta: el de cupletista. En contraste, el personaje del opulento banquero que pretende a la artista “carecía de cultura; sólo había adquirido, por el roce social, esa ligera capa de barniz que induce al atildamiento, a los buenos modales y a todas las finezas de que hacemos gala en sociedad para engañarnos mejor los unos a los otros” (Vicente, 2005: 86).

Unamuno, por su parte, denunciaría el caciquismo del Consejo de Instrucción Pública en lo que atañe al proceso de selección del personal docente universitario, así como el absentismo y la “haraganería” de los catedráticos en la conferencia “Lo que ha de ser un rector en España”. Esta conferencia, que se leyó en el Ateneo de Madrid el 25 de noviembre de 1914, llevó a Ángeles Vicente a calificar al rector de “prodigioso” en la octava carta. Y apostilla: “¡y en verdad que lo es encontrar un hombre en un país de eunucos!”. Tan rebelde exclamación probablemente derive de la valentía con la que Unamuno se enfrentó al nutrido auditorio, al que explica sin cortapisas los motivos de su destitución del cargo de rector de Salamanca: en los que se ven inmiscuidas personalidades del momento como el conde de Romanones, que fue ministro de Instrucción Pública, o Mamés Esperabé Lozano, que precedió a Unamuno en su cargo y del que critica su falta de acción ante las irregularidades durante las tres décadas que duró su mandato.

Precisamente el conde de Romanones prologó el libro de Martí Alpera *Por las escuelas de Europa* y también tuvo sus encontronazos y desavenencias con José García Vaso (1866- ¿?) político cartagenero líder de un complejo fenómeno socio-político conocido como “el bloquismo” que, con su sistema de reclutación de votos, puso en peligro el viejo molde del turnismo. Los proyectos políticos del masón García Vaso se vieron refrendados por *La Tierra* [22], diario que fundó junto a sus hermanos, los abogados y periodistas Julio y Adolfo, y órgano de prensa que secundaría todas sus campañas (Vid. Egea Bruno, 2001: 616).

Para desliar el nudo cuyo último cabo ciframos en Madrid, con el prefacio a *Teresilla*, hay que volver a *Por Tierras de Portugal y España*, donde Unamuno muestra su malestar respecto a la vida en la “Corte”:

A Madrid le tengo miedo, es decir, me tengo miedo a mí mismo, cuando voy para allá. Porque es muy fácil decir que en esas grandes ciudades puede hacer cada cual la vida que mejor le cuadre, pero no es tan fácil de hacerlo como de decirlo. Cuando estoy en la corte, cada noche me retiro a casa pesaroso de haber ido a la reunión o tertulia a que fui y haciendo propósitos de no volver a ella, para reincidir al día siguiente. Me envuelve, ciñe y penetra un letal ambiente de condescendencia. Ambiente que brota de la llamada vida de sociedad.

Siempre he sentido aversión hacia eso que se llama vida de sociedad y cuyo fin útil es cultivar relaciones. ¿Hay nada más terrible que una visita? En ella se pasa en revista todos los más sobados lugares comunes. Las visitas son, con el teatro, las dos grandes fuentes de ramplonización (Unamuno, 2004: 326).

Ángeles Vicente, apenada por no haber podido conversar con Unamuno a causa de la avalancha de admiradores tras la lectura de su conferencia, propone al autor una cita en la que le ruega prescindir de convenciones y etiquetas, pues afirma que “en ese mundo esotérico, *tan poco* conocido y que *tan poco* preocupa, me tiene a su lado, ya que en lo exótico [sic] para nada o casi nada sirvo”.

Nota de la editora:

Para la edición de las cartas se ha optado por la modernización ortográfica en lo que concierne a la acentuación de las preposiciones (á, ó) y monosílabos (fué). Se ha mantenido, salvo excepciones, la puntuación de los textos originales. A continuación se ofrece una leyenda con las enmiendas realizadas: la primera cifra remite al número de carta y la segunda a la línea en la que aparece la/s palabra/s corregida/s. Los añadidos de la editora se indican entre corchetes [].

Enmiendas:

- 1.4 por qué] porqué
- 1.5 gira] jira
- 2.10 Rinnovamento] Rinovamento
- 2.15 universal] Universal
- 2.21 por qué] porque
- 2.24 dirigirá] dirigirá
- 2.27 D'Annunzio] D'annunzio
- 2.28 D'Annunzio] D'annunzio
- 4.24 por] para
- 4. 36 ha] á
- 6.29 pasajes] pasages
- 6.35 por qué] porqué

CARTA 1

Señor Don Miguel de Unamuno.

Muy señor mío:

Mil gracias por su atención.

Por el número de “Poesía” habrá Ud. comprendido por qué me permití molestarlo; sin embargo, me explicaré mejor.

Un tal José León Pagano, que hizo una gira por España y escribió... no sé qué. Presentó al director de “Poesía” a Rueda y a Marquina como los mejores poetas españoles en habla castellana, especialmente Rueda.

Marinetti, sufre la *chifladura* del verso libre. Al pedir la opinión sobre esa clase de verso y contestarle Rueda de esa manera, por la misma ley de insensatez que Rueda insulta a quien no piense como él, por la carta de Rueda se insulta a todos los españoles.

Yo soy española (de Murcia) habito en Buenos Aires, accidentalmente aquí por motivo artístico, estoy relacionada con el mundo de la *camorra*, digo, del arte.

Ahora bien, por amor propio, o patrio o... me gustaría, sin que se dieran cuenta que había idea preconcebida, irles poniendo por delante poetas o inteligencias españolas. Pues una cosa es que la poesía esté en decadencia y otra cosa es que no haya en España más que cretinos, frailes y toreros. Estamos en el caso de Rueda, una cosa es que el verso libre no le guste o no sirva y otra cosa es que sean hijos de... quien los escribe.

Conociendo Ud. por lo expuesto mi propósito. Si no abuso de su bondad, todos los datos o consejos que Ud. crea útiles para mi deseo, se los agradeceré.

Si Ud. lo desea, al primero que puedo presentar es a Ud., en cuyo caso se servirá remitirme una poesía suya inédita, su retrato y datos biográficos; yo tenía su biografía en “La Nación” de Buenos Aires, pero se me extravió.

En una palabra, mi intención sólo Ud. la conoce, así que a Ud. me recomiendo para que me guíe.

En espera de su grata [*s/c*], me suscribo de Ud. a[*fectísi*]ma. S[*ervidora*]. S[*uya*].

Ángeles Vicente de Elormendi

Casella Postalle 875

Milano 11-20-[19]06

CARTA 2

Señor Miguel de Unamuno

Distinguido amigo:

Mil gracias por el envío de su libro “La vida de Don Quijote”. Lo he leído.

Muy notable. Muy interesante.

Se lo di a leer enseguida al poeta Cavacchioli y, conforme me lo devuelva, se lo pasaré al doctor Ferrari, al cual ya se lo he ofrecido y ambos me han prometido ocuparse de él en algún diario de esta ciudad.

Precisamente, el citado doctor Ferrari es amigo del director de la revista *Il Rinnovamento* y me ha ofrecido averiguar por ese señor Giovanni Boine, pues ninguna de las personas a quien he preguntado lo conoce. La niebla se puede esculpir, porque no es una cosa abstracta.

José León Pagano está en Buenos Aires en “La Nación”, yo no lo conozco personalmente.

Si desea usted publicar algo por aquí, estoy a sus órdenes.

El quijotismo es universal, se siente en todas partes; pero es posible que por aquí, se sienta más. Ya le mandaré los diarios donde se ocupen de su obra de usted, ¡veremos estos críticos!

Al hablarle de usted al doctor Ferrari, me preguntó si yo conocía al señor Gómez Carrillo, yo le dije que no; pero que usted estaba segura lo conocía, dice que le quería escribir, no sé por qué cosa, de una obra de Carrillo para traducir, en fin, no sé, yo le dije que si quería escribirle a Ud. en mi nombre que podía hacerlo, desde que usted sabía el italiano me parecía mejor que se explicara él, en fin, no sé si lo hará o se dirigirá a Gómez Carrillo directamente; de todos modos le pido disculpa si lo hago molestar, que al fin, creo útil esas relaciones epistolares entre personas de talento, así se traspasan los muros de la frontera.

Por aquí anda haciendo Gabriel D’Annunzio las de Rueda, con la diferencia que Rueda será una buena persona y lo hará por ignorancia y D’Annunzio lo hace de canalla y sinvergüenza, pues a estar de lo que se cuenta de él, no merece ni el título de hombre.

Lo saluda con la mayor estima su amiga

Ángeles Vicente de Elormendi

Febrero 2/[1]907

CARTA 3

Señor Miguel de Unamuno

Distinguido amigo: El doctor Ferrari, me ha entregado la carta adjunta, pidiéndome se la remita a usted, para que usted tenga la bondad de hacerla ir a manos del señor Gómez Carrillo, rogándole le conteste al dicho doctor Ferrari lo más pronto que le sea posible.

Ya en mi anterior [carta] le hablaba de este asunto.

Suplicándole quiera disculpar la molestia, tenga por una servidora a

Ángeles Vicente de Elormendi

Febrero 7/[1]907 Milano

CARTA 4

Ángeles Vicente

Sagasta 63

Cartagena

Señor Don Miguel de Unamuno.

Distinguido amigo: Ante todo, una explicación: cuando vine de Milán, quedaron allí preparados dos artículos acerca de la obra que tuvo usted la galantería de enviarme. Dejé encargado que conforme se publicaran me enviaran los diarios, con la intención de llevárselos yo para tener el gusto de conocer a usted personalmente.

Estuve aquí un mes, fui luego a Madrid, escribí preguntando por dichos artículos, me contestaron que habían sido publicados, creo que en “El tiempo” y en “El Siglo”, y que me habían mandado unos ejemplares. No los había recibido y solicité que me enviaran otros, pero ya no obtuve contestación. Ya era víctima de una infamia y, lo que era peor, pasaba por la victimaria. El amigo Vaamonde sabe lo que sucedió y lo que padecí.

Con aquellos disgustos, pasó el tiempo y la oportunidad. Después, yo soy muy rara, para hacer un favor no tengo inconveniente en molestar a cualquiera, pero tratándose de mí no lo hago ni doy un paso por temor a que pueda suponerse intencionado. No sé si soy humilde, soberbia o despreocupada.

Escribí a usted desde Milán, porque me rogaron que lo hiciera, hoy vuelvo a molestarle para mejor atender un pedido. He ahí la explicación que creo deberle al dirigirme a usted nuevamente y cuyo motivo paso a narrar.

Antes de ayer recibí carta de Orlando Marçal, como usted sabe, uno de los iniciadores del centenario de Alejandro Herculano, pidiéndome fotografías por si quería hacer una reseña de las fiestas en la revista “Voluntad”. En seguida escribí un artículo, que ayer se publicó en el diario “La Tierra”, (aparte le envió un ejemplar) y en él ofrezco ocuparme más extensamente en dicha revista. También publicarán, a pedido mío, otros artículos por ésta y otras provincias.

Estoy convaleciente de una grave enfermedad, el médico me tiene prohibido escribir aún, yo escribo aunque, francamente, no sé lo que hago. Por mi enfermedad, hace tiempo que no leo un diario y no sé nada de nada. Esta gente de por aquí, la mayoría no saben ni siquiera que hubiera existido Herculano; de modo que sólo sé por lo que medio le entiendo a Marçal, que estuvo usted en las fiestas y que dio una conferencia. Y aquí está el *busilis*, señor Unamuno. ¿Podría usted darme algún dato... algo de su conferencia... ¿Qué diarios han hablado en España de ese centenario? ¿Piensa usted escribir algo, o ha escrito ya a este propósito?

Esperando que tendrá la amabilidad de contestarme, aprovecho la oportunidad para ofrecerle la seguridad de mi mayor aprecio.

Ángeles Vicente.

V-4, 1910

CARTA 5

He tratado de recoger las cartas de Marçal y los diarios de Portugal, (que tengo por ahí repartidos, pues como usted bien dice, nadie conoce a Herculano por aquí), para ver cómo había yo adquirido la seguridad de que usted había dado la conferencia. Hasta ahora no me han devuelto más que el diario del cual le envió el recorte donde le nombran a usted. Probablemente todo lo demás estará en el mismo sentido de que daría la conferencia y, como lo dicen con tanta seguridad, yo la di por hecha.

A los señores Vaso y Martí Alpera, en la primera ocasión, les haré presente su recuerdo.

Le aprecia sinceramente.

Ángeles Vicente

S/C Sagasta 63

Cartagena, V, 11, 1910.

CARTA 6

Señor Don Miguel de Unamuno

Distinguido amigo.

Mi trabajo en *Voluntad* es demasiado insignificante, pues no tengo facilidad para escribir cuando quiero, ni me fijo mayormente en lo que hago, es, ¡a salir del compromiso!

En Madrid no conozco, más que por referencias, el *hampa* literaria. Sólo he tratado a Vaamonde, a Trigo y a López de Haro. Pudiendo vivir en Madrid, prefiero vivir aquí, precisamente, para evitar la ocasión de tratar a esa gente, a quienes no deseo conocer.

Últimamente, salí de Madrid a la carrera, a pretexto de que asuntos urgentes me reclamaban aquí, por no asistir a un baile de máscaras al cual me había comprometido la dueña de la casa donde me hospedo en aquella corte.

No sé lo que pueden haberle hecho a usted en Milán; ignoro lo que allí haya podido pasar y me extrañan mucho sus palabras a este respecto, las que, francamente, no entiendo. La infamia a que yo me refería, que es la que me hizo padecer y la que Vaamonde conoce, en compendio, es lo siguiente: Yo tenía dos huérfanas, recogidas por mí, muy pequeñitas, hace unos quince años, a las que había criado como hijas y las traje a Milán donde estudiaban música. Al venirme las dejé allí al amparo moral de un matrimonio a quienes yo creía gente buena y honrada. No cambié dirección ni para giros de América ni para nada, puesto que pensaba regresar muy pronto. Aquí, tranquila, estuve un mes en el que me escribían que no recibían nada: ni cartas, ni giros, ni había novedad. Fui a Madrid, pasó otro mes en silencio, y ya me empecé a alamar. Se me acabó el dinero, escribí a Buenos Aires diciendo que me girasen a Madrid. Mientras fue y volvió la carta y, con el tiempo que yo había esperado escribiendo todos los días a Milán, yendo a la policía, al consulado, pasaron cuatro meses de dudas, de angustia... en fin, no quiero recordarlos. Después no he sabido más que allí cobraron mis giros, vendieron piano y cuanto dejé, hicieron deudas a mi nombre. Las hice llamar al consulado; mandé los pasajes para que me las trajeran y se negaron a venir.

Yo, para traerlas por la fuerza, necesitaba un poder de mi marido, le escribí a éste pidiéndoselo y me contestó que las abandonara y no me acordara más de ellas; pues le habían escrito a él diciéndole que yo las había abandonado y me había ido con un amante y otras cosas por el estilo. Lo que pasó, quiénes fueron los culpables, nada sé, pues seguí el consejo de mi marido y todo lo dejé perder. He ahí por qué pasé por victimaria, pues la canción de ellas es que las abandoné.

Referente al centenario de Herculano, si no tengo el buen acuerdo de escribir a usted, hago una plancha [23].

CARTA 7

Señor Don Miguel de Unamuno III, 19, 1911 [24]

Mi distinguido y apreciado amigo: No atribuya usted a desatención ni a olvido el que antes no le haya enviado mi último libro, ni escrito para contarle mi cambio de domicilio a esta Corte, pues, aunque parezca paradójico, es todo lo contrario.

Vengo sufriendo una serie de contratiempos enormes y por ello quedando mal con todo el mundo. Cuando salió mi libro [25], hice las dedicatorias y se los entregué a Fé para que él los enviara y, el dedicado a usted, *para hacerlo mejor*, me lo traje a casa con la intención de ponerle una tarjeta y certificarlo yo misma. Y así, de hoy a mañana han ido pasando los días.

Creo que comprenderá y sabrá disculpar a su af[ectísi]ma.

Ángeles Vicente

S/c Lista, 20 bajo derecha.

CARTA 8

Señor Don

Miguel de Unamuno.

Como vivo retirada y en un destierro, cuando ha dado usted conferencias en el Ateneo de esta corte, me he enterado tarde. Ayer lo supe a tiempo por casualidad y, como era natural, no quise perder la ocasión de estrecharle la mano. Y como al hacerlo nada pude decirle debido a la aglomeración de gente hoy le escribo para felicitarle por todo, ¡incluso por su distinción!

Ya sabe usted que siempre lo he admirado, anoche me pareció prodigioso. ¡Y en verdad que lo es encontrar un hombre en un país de eunucos!

Si se queda usted algunos días en Madrid y tiene momento que dedicarme, dígame dónde puedo verle. No le digo que espero su visita porque vivo, repito, en un destierro, donde en ir y venir al centro se pierden dos horas. Y como detesto las etiquetas y convenciones, la mayor satisfacción que puede usted darme es prescindir, conmigo, en absoluto de ellas.

Crea que en ese mundo esotérico *tan poco* conocido y que *tan poco* preocupa, me tiene a su lado, ya que en lo exótico [*sic*] para nada o casi nada sirvo.

Siempre es su más sincera admiradora y amiga

Ángeles Vicente

S/C Nieremberg 2 (Prosperidad)

XI, 26, [19]14.

NOTAS FINALES

*Agradezco a la Casa Museo de Unamuno así como a Miguel de Unamuno Adarraga la cesión de las cartas de Ángeles Vicente que han posibilitado la elaboración de este trabajo. Asimismo hago extensivo el agradecimiento a Paolo Tanganelli y Andrea Baldissera.

[1] A modo de ejemplo citaremos: *Epistolario inédito: Marañón, Ortega, Unamuno*, ed. Antonio López Vega, Madrid, Espasa-Calpe, 2008. *Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo: amistad y epistolario (1899-1936)*, ed. Jesús Alfonso Blázquez González, Madrid, Ediciones 98, 2007; *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. Laureano Robles, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996. *Epistolário ibérico: cartas de Pascoaes e Unamuno*, Nova Lisboa, Câmara Municipal de Nova Lisboa, Nova Lisboa, 1957. Precisamente, en la carta fechada el 24 de noviembre de 1909 que Laureano Robles recoge en su estudio, Unamuno manifiesta a Juan Arzadun: “He tenido que corregirme de mi antigua epistolomanía, que me llevaba mucho tiempo. [...] Sólo de América recibo cartas de ocho o diez pliegos de sujetos desconocidos que pretenden les conteste sobre todo lo divino y humano” (1996: 339).

[2] La *Enciclopedia* omite el subtítulo “cuentos psíquicos”.

[3] A este grupo habría que añadir a Antonio de Hoyos y Vinent y a Claudina Regnier, seudónimo de Álvaro Retana, quien dedica a Ángeles Vicente el cuento “Opio”, publicado en el diario madrileño *El liberal* el 24 de febrero de 1913. La escritora, en una carta dirigida a Rubén Darío datada el 27 de octubre de 1911, afirma haber enviado un cuento inédito junto a otro de Claudina Regnier para que fuesen publicados en la revista *Mundial Magazine*, dirigida por el nicaragüense (Vid. Álvarez Hernández, 1963: 117).

[4] En los libros del Registro Civil de Cartagena consultados tampoco aparece su partida de nacimiento y, lamentablemente, en la serie de padrones que custodia el Archivo Provincial de dicha población falta el tomo correspondiente a 1910, año en el que Ángeles Vicente envía las dos epístolas a Unamuno. Lo que sí podemos confirmar son sus vínculos familiares cartageneros, pues en el ejemplar de la primera edición de *Los buitres* que manejo aparece una dedicatoria manuscrita a un pariente natural de la región: “A mi estimado primo Francisco Giner, con cariño”.

[5] El personaje central de la novela *Zezé*, una cupletista apodada Bella Zezé, pregunta sobre su origen a la escritora con la que comparte camarote durante la travesía entre Buenos Aires y Montevideo. A lo que ésta responde: “También yo soy española, pero vine tan niña a la República Argentina que casi no recuerdo de mi patria. ¿De qué parte es usted? -De Murcia.” (Vicente, 2005: 6).

[6] Dice Pagano que “la onda abundante de sus rimados pensamientos no siempre fluye con la misma transparente diafanidad. A veces se estanca y con frecuencia se enturbia. [...] La obra de Salvador Rueda, es indudablemente susceptible de ser censurada” (238).

[7] Se ha corregido la ortografía del texto, respetándose las cursivas, negritas y mayúsculas que aparecen en el original, que está sin paginar. Tras su firma y en un cuerpo de letra menor expone que “lo que digo en estas cuartillas, lo traduciría muy bien la inteligencia de mi amigo Pagano”. En el siguiente número aparecen unas palabras de Rueda dirigidas a Pagano y Marinetti para agradecer, por un lado, el envío del número de *Poesía* en el que aparecía su respuesta al cuestionario y, por otro, para pedir que el poema remitido, “Los evangelios de las cigarras”, no se traduzca al italiano.

En el mismo número en el que se publica dicho poema aflora la respuesta de Marquina al sondeo de Marinetti, fechada en mayo de 1906 y redactada en francés. Al igual que Rueda, Marquina envió un poema (“Vendimiión. Poema grotesco”) que vería la luz en la revista, en concreto en el número de octubre de 1907.

[8] Unamuno afirma en su ensayo “Salvador Rueda, el poeta que ‘relumbia’” que: “Rueda me es una de las personas más simpáticas. Nada habla más a favor de él que verle tan sencillo, tan abierto, tan verdaderamente modesto, tan infantil en el mejor sentido, en el sentido divino de esta palabra” (Unamuno, 1958: 17).

[9] Como bien indica Borzoni, “se encuentran numerosos indicios que hacen pensar que Enrico Cavacchioli escribió una reseña sobre Unamuno en un periódico de Milán pero, hasta el momento, nadie ha podido dar con el artículo” (2011: 115).

[10] No sabemos con seguridad si cuando Ángeles Vicente escribe sobre el “doctor Ferrari” se refiere al cardenal Carlo Andrea Ferrari, ya que la tercera carta, en la que la autora manifiesta adjuntar la epístola que el doctor Ferrari desea que Unamuno remita a Gómez Carrillo, se ha perdido. La única referencia cercana que vincula Italia y el apellido Ferrari es la postal manuscrita desde la Spezia que conserva la Casa Museo de Unamuno. En ella, Aristide Ferrari solicita traducir en un volumen conjunto las obras “Soledad” y “Plenitud de plenitudes”.

[11] El contenido íntegro de esta carta puede consultarse en italiano en el apéndice que Sandro Borzoni incluye en *Intelligenza e bontá* (2008: 89-92) y en la reciente traducción española que el propio Borzoni prepara para su edición de *De la desesperación religiosa moderna* (2011: 93-95).

[12] El original en castellano de este ensayo se ha perdido, por lo que conocemos su contenido gracias a esta traducción al italiano de Boine que vio la luz en *Il Rinascimento*, año I, fasc. 6, junio de 1907, pp. 679-690.

[13] La encuesta se publicó en *Coenobium* V/7, junio de 1911, p. 96. Las respuestas de Unamuno redactadas en francés, al igual que el cuestionario, se publicaron en *Coenobium* V/11-12, noviembre-diciembre de 1911, pp. 163-165. Cito por la traducción española de Sandro Borzoni.

[14] Para una visión general de la obra de Ángeles Vicente, véase el estudio de Ángela Ena Bordonada “Entre el espíritu y la carne: Ángeles Vicente, una espiritista en el campo de la erótica”, en Antonio Cruz Casado (ed.), *Bohemios, raros y olvidados*, Córdoba: Diputación de Córdoba-Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 111-148.

[15] En la contraportada de *Los buitres* corroboramos que entre sus obras en preparación se encuentra una novela cuyo paradero es hasta ahora desconocido, pero cuyo título es bastante evocador de esta supremacía del espíritu que apuntamos: *Buscando alma*. Tampoco podemos olvidar la columna sobre ocultismo y fenómenos paranormales titulada “De tejas hacia arriba” que la autora mantuvo durante varios números en el diario madrileño *Excelsior*.

[16] Al no haber encontrado la carta que Unamuno le escribe a Ángeles Vicente, ignoramos qué es lo que el rector de Salamanca le encomienda averiguar sobre Giovanni Boine a la autora. No obstante, antes de la fecha de la segunda carta, encontramos dos cartas de Unamuno dirigidas a Boine: una, que data del 27 de diciembre de 1906 y otra, firmada el 18 de enero de 1907. (Vid. Unamuno, 2011: 96-97 y 100-102).

[17] El llamamiento de D' Ayot, ya había aparecido en la edición de la mañana del 21 de enero de 1910 del diario madrileño *La correspondencia de España*, donde se anuncia una dirección emplazada en Madrid (C/Santa Engracia, 77, 2º Derecha) por D' Ayot para la recepción de adhesiones.

[18] Según informa *La Vanguardia* (24 de julio de 1991, p. 7), el autor de *La Iberiada*, Manuel Lorenzo d' Ayot, murió el 23 de julio tras sufrir una penosa enfermedad.

[19] La Biblioteca y Archivo José Pacheco Pereira conserva correspondencia sobre los casos que trató como abogado desde finales de la década de los treinta hasta su muerte en 1947. En los documentos de Orlando Marçal también se hallan un conjunto de papeles relativos al centenario de Herculano, pero por ahora sólo podemos consultar las cartas enviadas por Brito Aranha en: <<http://ephemerajpp.wordpress.com/2009/05/05/correspondencia-orlando-marcal-brito-aranha-1910/>>. Un dato curioso que vincula a Marçal con España lo rastreamos en la dedicatoria que Gloria de la Prada escribe en la edición de *Mis Cantares* (“A Orlando Marçal, con todo mi cariñoso afecto, por la simpatía que a mi España demuestra. Gloria de la Prada, Madrid, 1911”) que posee Kirsty Hooper y que puede consultarse en su web: <http://pcwww.liv.ac.uk/~chomik/2_aut_prada.html>. Esta autora mantuvo con Ángeles Vicente una encendida polémica que no comentaremos por alejarse del objeto de estudio de este trabajo.

[20] Otras huellas de la celebración del centenario las rastreamos en las secciones de anuncios de la prensa en las que se venden grabados conmemorativos de la fiesta e incluso piezas musicales como “La marcha triunfal” compuesta para banda por el maestro Varela Silvari, que la administración del *Boletín Musical* de Madrid ofrecía al precio de 4 pesetas (*Vid.* nº 3, 12 de febrero de 1917, p. 46).

[21] De estos viajes dan cuenta Enrique Martínez y el propio Martí Alpera en una carta conjunta datada en junio de 1902: “El Ayuntamiento acordó que [...] sin limitaciones de tiempo y dinero, hagamos un viaje de estudio pedagógico para organizar nuestras *escuelas graduadas*, que se terminarán muy pronto, una enseñanza completamente europea, lo más completa y científica según nosotros entendamos” (Robles Carcedo, 1997: 105). Además de las cartas editadas por Laureano Robles en *Unamuno y Cartagena*, merece la pena visitar la página elaborada para su exposición conmemorativa: <<http://www.um.es/muvhe/felixmartialpera/>>.

[22] En el epistolario *Unamuno y Cartagena* se recoge una carta de José García Vaso y otras dos en las que se menciona al político. Una de ellas, firmada por Luis de Oteyza, incluye una petición de Vaso para la “Página literaria” de la edición dominical de *La Tierra* (Robles Carcedo, 1997: 198).

[23] plancha. 4. fig. y fam. Desacierto o error por el cual la persona que lo comete queda en situación desairada o ridícula. Úsase más en la frase hacer una plancha. Recogido en el *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 14ªed., Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando, 1914, p. 808.

[24] Postal que incluye una fotografía de la autora luciendo un llamativo sombrero de plumas. A pie de foto aparecen los nombres de sus cuatro obras conocidas y la dirección de la librería de Fernando Fé.

[25] Se refiere a *Sombras. Cuentos psíquicos*. En el ejemplar de Unamuno hay una dedicatoria manuscrita que dice: “Para el cultísimo escritor Miguel de Unamuno, con aprecio y admiración. Ángeles Vicente. S/C Lista 20, bajo derecha.” En el apartado dedicado a las obras de la autora está

corregido “Las sombras” por “Sombras” y a “cuentos” le ha añadido el adjetivo “psíquicos”. En obras próximas a publicarse aparecen *Buscando alma* (novela) *Zezé y yo* (diálogos).

OBRAS CITADAS

Álvarez Hernández, Dictino, *Cartas de Rubén Darío: epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles*, Madrid: Taurus, 1963.

Boine, Giovanni y Unamuno, Miguel de, *Intelligenza e bontá*, ed. Sandro Borzoni, Torino: Aragno, 2008.

“Centenario de Alejandro Herculano”, *La correspondencia de España*, nº 18972, 21 de enero de 1910.

“Centenario de Alejandro Herculano”, *El País*, nº 8215, 11 de febrero de 1910, s/p.

“Centenario de Alejandro Herculano”, *La Nación Militar*, nº 588, 2 de abril de 1910, pp. 103-112.

Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. 14ªed., Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando, 1914.

Egea Bruno, Pedro María, “José García Vaso, diputado por Cartagena. Una estrategia política en la crisis de la Restauración”, *Anales de Historia Contemporánea*, nº 17, 2001, pp. 613-638.

Ena Bordonada, Ángela, “Entre el espíritu y la carne: Ángeles Vicente, una espiritista en el campo de la erótica”, en Antonio Cruz Casado (ed.), *Bohemios, raros y olvidados*, Córdoba: Diputación de Córdoba-Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 11-148.

Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana, vol. LXVIII, Barcelona: Espasa-Calpe, 1929.

“Entierro”, *La Vanguardia*, nº 13873, 24 de julio de 1911, p.7.

García Morejón, Julio, *Unamuno y Portugal*, Madrid: Gredos, 1971.

González Martín, Vicente, *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1978.

“Instalación de una logia masónica”, *Caras y Caretas*, nº 143, 29 de junio de 1901, s/p.

Leomam, “De todas partes”, *Eco artístico*, nº 32, 25 de septiembre de 1910, s/p.

Madariaga, Salvador de, *España: ensayo de historia contemporánea*, Madrid: Espasa-Calpe, 1979.

Marquina, Eduardo, “Vendimiión. Poema grotesco”, *Poesía*, nº 9, 10, 11, 12, Ottobre, Novembre, Dicembre, Gennaio, 1907, pp. 9-17.

Martí Alpera, Félix, *Por las escuelas de Europa*, prologado por conde de Romanones, Madrid: Sucesores de Hernando, 1904.

- “Muerte del cardenal Ferrari”, *La época*, nº 25143, 25 de noviembre de 1920, s/p.
- “Obras escogidas del maestro Valera Silvari”, *Boletín Musical*, nº 3, 12 de febrero de 1917, p. 46.
- Pagano, José León, *Al través de la España literaria*, vol. II, 3ª ed., Barcelona: Maucci, 1904.
- “Portugal”, *La época*, nº 25143, 25 de noviembre de 1920, s/p.
- “Portugal y España”, *El País*, nº 8437, 21 de septiembre de 1910, s/p.
- Rabaté, Colette y Jean-Claude, *Miguel de Unamuno: biografía*, Madrid: Taurus, 2010.
- Regnier, Claudina, “Opio”, *El liberal*, 24 de febrero de 1913.
- Robles Carcedo, Laureano (ed.), *Unamuno y Cartagena*, pról. Ángel González Hernández y Juan Sáez Carreras, Murcia: Universidad de Murcia, 1997.
- Rueda, Salvador, “Salvador Rueda risponde”, *Poesía*, nº 3, 4, 5, Aprile, Maggio, Giugno, 1906, s/p.
- Unamuno, Miguel de, “Della disperazione religiosa moderna”, *Il Rinnovamento*, trad. Giovanni Boine, año I, fasc. 6, junio de 1907, pp. 679-690.
- , *Ensayos*, com., Bernardo G. Candamo, vol. II, 5ª ed., Madrid: Aguilar, 1958.
- , *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid: Espasa-Calpe, 1975.
- , *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. Laureano Robles, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.
- , *Obras completas*, vol. VI, ed. Ricardo Senabre, Madrid: Biblioteca Castro, 2004.
- , *Obras completas*, vol. IX, ed. Ricardo Senabre, Madrid: Biblioteca Castro, 2008.
- , *De la desesperación religiosa moderna*, ed. y trad. de Sandro Borzoni, Madrid: Trotta, 2011.
- Vicente, Ángeles, *Teresilla*, Madrid: Librería de Pueyo, 1907.
- , *Los buitres*, Madrid: Librería de Pueyo, 1908.
- , *Zezé*, ed. Ángela Ena Bordonada, Madrid: Lengua de Trapo, 2005.
- , *Sombras. Cuentos psíquicos*, ed. Ángela Ena Bordonada, Madrid, Lengua de Trapo, 2007.
- Viridia, Elio, *Aspetti del dibattito filosofico nella rivista Il Rinnovamento 1907-1909*, Milano: Università' degli Studi di Milano, 2002.
- <<http://ephemerajpp.wordpress.com/2009/05/05/correspondencia-orlando->>
- <http://pcwww.liv.ac.uk/~chomik/2_aut_prada.html>
- <<http://www.um.es/muvhe/felixmartialpera/>>

Fotografía de la postal que la propia Ángeles Vicente envía a Miguel de Unamuno.

